

Capítulo 347

Divinidad

Lailah se alarmó cuando su madre de repente cayó al suelo frente a ella y comenzó a sollozar.

Su madre, que siempre fue una figura regia y autoritaria en su vida, ahora lloraba y hablaba con palabras incomprensibles.

Afortunadamente, uno de los superpoderes que trae consigo el ser madre es la capacidad de entender el galimatías del llanto.

Lailah era una experta en este campo, después de las numerosas veces que tuvo que consolar a Mira, después de que se golpeará el dedo del pie o cuando Abaddon tuvo que estar lejos de casa.

Sei: *gemido ininteligible*

Lailah: "No, no estoy enojada contigo por tomar la sangre de mi marido..."

Sei: *llanto ahogado y habla forzada*

Lailah: "No creo que estuvieras tratando de ignorar mis deseos... Mi amor debe haber visto algo cuando ingeriste su sangre, así que, si tus intenciones hubieran sido realmente impuras, entonces ya no estarías sentada aquí".

Sei: *balbuceos y divagaciones mocosas*

Lailah: "Ya me has dicho que lo sientes, entonces ¿por qué sigues insistiendo en comportarte de esta manera y ganarte mi perdón?"

Lailah se arrodilló y comenzó a limpiarle la cara a su madre con un pañuelo que había sacado de su bolsillo trasero.

Sin embargo, ese suave toque de su hija solo hizo que Sei se sintiera peor, y se mordió el labio inferior para evitar sollozar aún más fuerte que antes.

Lailah no dijo nada, mientras limpiaba hábilmente el rostro de su madre sin decir una palabra.

Las dos permanecieron sentadas allí, en silencio durante un rato, repitiendo ese ciclo de tierno cuidado y emoción volátil.

Lailah sin duda habría continuado por mucho más tiempo, pero su madre finalmente la agarró de la muñeca y le impidió continuar.

—Yo... yo debería haber hecho cosas así por ti... no al revés —dijo débilmente.





Lailah no le ofreció a su madre palabras de consuelo, en cambio, la miró con una especie de mirada distante y cansada.

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste? ¿Por qué me despreciaste tanto? —preguntó.

Andar con rodeos nunca les iba a traer ningún bien.

A estas alturas, ya se habían pedido suficientes disculpas y Lailah solo quería saber la verdadera razón por la que su madre la había tratado con tanta crueldad durante toda su vida.

Sei inhaló con fuerza, mientras sentía que sus manos empezaban a temblar de vergüenza.

Ella quería huir de esa conversación, pero si lo hacía perdería la oportunidad de recomponer las piezas de su vida.

—Yo... nunca hablé contigo sobre tu padre, ¿verdad?

"No, no eras precisamente de las que le gustaban los cuentos antes de dormir".

—Ah, supongo que tienes razón... Tu padre... era el hombre más maravilloso que pude haber conocido —dijo con tristeza.

Miles de años antes de que Sei tomara el trono, cuando ella no era más que una jovencita de dieciséis años.

Un día, mientras caminaba por las calles de Barbelo, tuvo un encuentro casual con un joven de piel oscura y ojos dorados, como los de la arena del desierto.

Ella era una princesa joven y él era solo un simple plebeyo, pero se enamoró de él por su personalidad grosera y su sutil pero impactante sentido del humor.

Tuvieron muchas reuniones y encuentros secretos, y Sei descubrió que su nuevo amigo tenía un gran talento para la magia.

No en el sentido práctico, por supuesto, ya que nunca recibió instrucciones formales, pero cuando Sei se quejaba de sus dificultades con los estudios, él le proporcionaba un nuevo ángulo o forma de pensar para ayudarla.

Pronto, ambos comenzaron a aprender magia juntos y se volvieron bastante expertos en su oficio.

Tanto es así que su talento mágico unido incluso superó al de Helios en aquel momento.

Cuando Sei finalmente fue coronada reina, inmediatamente tomó la decisión de convertir al padre de Lailah en su rey.



Fue un puesto muy discutido, porque no tenía antecedentes destacados ni posición social de ningún tipo.

Pero ante la decisión rotunda de Sei, y su talento mágico, había muy poco margen para la discusión.

Juntos, marcaron el comienzo de la era dorada de Barbello e hicieron que su hogar fuera más próspero, al tiempo que creaban muchos dispositivos mágicos nuevos y fantásticos.

Incluso alcanzaron la sexta etapa de evolución, después de 1000 años, la más rápida que Dola había visto jamás.

Pero no fue suficiente para el padre de Lailah.

Sus sueños eran más grandiosos y quería que, no sólo él sino también su esposa, subieran la escalera a los cielos y alcanzaran la verdadera divinidad.

Sei no estaba interesada y se sentía desanimada por las ínfimas posibilidades de éxito que venían con el proceso.

Pero una noche, sin que ella lo supiera, el padre de Lailah realizó la ascensión.

Ella no lo había creído posible, pero cuando se despertó a la mañana siguiente, descubrió que el amor de su vida se había ido y que nadie a su alrededor guardaba algún recuerdo de él.

"La reina se ha vuelto loca."

«Ella siempre ha sido la única gobernante, ¿por qué de repente pregunta por un rey?»

«¿Su soledad ha llegado finalmente al punto de la locura?»

Para empeorar las cosas, Sei sintió que una anomalía crecía dentro de su cuerpo.

La noche antes de que su marido se marchara, ambos yacieron juntos por última vez.

Sei ya se consideraba infértil, ya que los dos habían estado juntos durante más de 1.000 años, nunca había tenido un solo caso de náuseas matutinas.

Una vez que supo que estaba embarazada, se podría decir que estaba más que feliz.

Decidió encargarse de criar al niño, en memoria del hombre que había ascendido a los cielos esperando que ellos lo siguieran.



"Estaba... muy contenta cuando naciste. Eras un bebé tan lindo y las dos éramos prácticamente inseparables. Te llevaba conmigo a todas partes, incluso a asuntos oficiales en los que un niño no tenía cabida".

Sei se rió secamente al recordar las numerosas veces que la bebé Lailah intentó comerse un documento importante de su escritorio.

"¿Qué cambió...?" preguntó Lailah.

De repente, Sei parecía estar más que un poco incómoda, mientras una vez más comenzó a jugar con sus dedos y a morderse los labios por la incomodidad.

"Tú... a medida que crecías, comenzaste a parecerte más a él... y el resentimiento que pensé que no tenía... se desbordó hacia ti".

¿Cómo pudo abandonarla?

¿Dejarlas??

¿Para tener más poder?

¿Por la divinidad?

¿Por qué lo que tenían no era suficiente?

Toda la ira y amargura desagradables, que Sei no había procesado hasta entonces, comenzó a desbordarse, y empezó a arremeter contra su hija en lugar de abrazarla.

De repente, ya no le interesaba verla, e incluso cuando lo hacía, nunca era por más de cinco minutos.

A medida que Lailah crecía y se parecía más a su padre, empezó a odiarla cada vez más.

Llegando incluso al extremo de adoptar a dos huérfanas de la calle, proclamándolas sus "verdaderas" hijas.

Al escuchar sus propias acciones salir de su boca, se avergonzó aún más y bajó la cabeza en señal de derrota.

"Yo... le odiaba tanto, que dejé que derribara mi sentido de la razón, e incluso llegué a maltratarte y hacerte daño... y en secreto... te etiqueté como sin talento e inferior, porque no quería que un día también te alejaras de mi lado..!" Lailah sintió como si todo su mundo se hubiera trastocado.

Su padre era una deidad que vivía en las tierras de arriba, y no solo la había abandonado a ella, sino también a su madre, para poder perseguir metas más grandiosas.



Dejando a un lado su sorpresa, esto la hizo preguntarse sobre una cosa.

—¿Por qué no lo seguiste? —preguntó Lailah.

Sei parecía que no esperaba que le hicieran una pregunta tan obvia y tartamudeó una respuesta débil.

—Yo... no soy tan libre de espíritu como tu padre. No podía simplemente actuar y dejar las cosas atrás, como el haría, tenía miedo de que todo lo que él y yo construimos juntos se derrumbara al no tener a nadie que me reemplazara... Además, tenía miedo de no sobrevivir a la ascensión —dijo con sinceridad.

Lailah se sentó en el suelo junto a su madre y cruzó las piernas, mientras miraba el cielo negro y morado que giraba.

-¿Cómo se llamaba? -preguntó ella.

Sei sonrió amargamente, mientras se veía obligada a recordar al hombre que constantemente hacía que su corazón palpitara con fuerza.

"A menudo me burlaba de él por su nombre, pero ahora me parece el más majestuoso que jamás haya escuchado".

Tomando las manos de su hija, le ofreció una sonrisa que Lailah nunca había visto antes.

"Su nombre es Geb. Es una tontería, ¿no?"

* * *

Debajo del Sheol, Gabbrielle y sus madres estaban sentadas ordenadamente en fila, sentadas con las piernas cruzadas sobre el suelo de tierra y con los ojos cerrados.

"¿Pueden oírlo?" les preguntó.

"Sí.."

"¿Qué... es esto exactamente?"

"Estas son las esperanzas de nuestro pueblo. Porque todos os ven como un poder superior, os veneran y desean que les traigas guía, prosperidad y buena fortuna.

En este momento no tenemos templos para vosotras y la mayoría de nuestra gente no sabe que habeis alcanzado la divinidad, así que lo que estáis escuchando y recibiendo no es más que el poder de los deseos fugaces con nuestra familia en mente. No es una verdadera oración", explicó.

"¿No lo es?" preguntó Seras.



"De ninguna manera. El poder de la oración verdadera puede considerarse la savia de la mayoría de los dioses. Cuando es concentrada, fervorosa y genuina, el pequeño río de poder que sientes entrar en ti ahora, se convertirá en una cascada rugiente. Es por eso por lo que los dioses se toman tan en serio los ataques a sus creyentes".

"¿Qué podemos hacer para obtener ese tipo de poder, cariño?" preguntó Seras.

Gabbrielle se llevó la mano a la barbilla y pensó en ello por un momento.

Dado que Valerie todavía estaba completamente agotada de crear hogares para todos, la construcción de templos y cosas de esa naturaleza tendría que quedar en segundo plano por ahora.

Pero había una cosa que podían hacer, que proporcionaría a sus madres beneficios inmediatos, y además aumentaría drásticamente el potencial de su ya peligrosamente poderosa gente.

"Podéis bendecir nuestra raza, madres."

"¿Hmm?"

"¿Estornudaron?"

"NO", dijo Gabbrielle exhausta. "Bendecir a una persona es otorgarle una parte de lo que te hace divina. Y como sois diosas de grado supremo, vuestras bendiciones tendrán mucho más poder".

""¿Perdón?""

"Las divinidades se dividen en tres grados, madres. Existe la divinidad, la divinidad mayor y la divinidad suprema. La divinidad normal la poseen los ángeles y similares. Los semidioses, las valquirias e incluso los simples dioses del río están en posesión de ella.

La divinidad mayor es lo que pertenece a una verdadera deidad, que controla un aspecto de la realidad que nos rodea. La mayoría de los dioses poseen esto y, como tal, es la más común.

Por último, está la divinidad suprema, que sólo a unos pocos se les permite poseer.

Como su nombre indica, otorga autoridad suprema sobre algo.

Estos poderes los ocupan tradicionalmente los primordiales, los gobernantes de panteones y los primeros cuatro arcángeles. Sin embargo, la brecha de poder entre estos grupos es la más grande con diferencia. Si quieres convertirte en un primordial, como yo lo fui una vez, entonces tendrás que...





De repente, Gabbrielle sintió dos miradas muy fuertes que se clavaban en el costado de su rostro y cuando miró hacia atrás, encontró a sus dos madres dándole grandes sonrisas.

Seras: "¡Eres tan linda cuando explicas las cosas!"

Audrina: "¡Mi hija es tan inteligente que no podría estar más orgullosa!"

Gabbrielle luchó contra el impulso de sonrojarse, mientras apartaba la mirada de sus madres y permanecía concentrada en la tarea que tenía entre manos.

"Gracias... ahora necesito saber, ¿cuáles de vuestras divinidades son de grado supremo?" Preguntó.

Gabbrielle solo podía sentir que sus madres estaban al nivel de diosas supremas, pero no tenía idea de distinguir cuál era cuál.

"Cerrad los ojos y concentraos, entonces podreis saberlo fácilmente", dijo.

Seras y Audrina obedecieron la orden de su hija, después de lanzarle dos pequeños besos, y comenzaron a concentrarse en los nuevos poderes dentro de sus cuerpos.

Al examinar su alma, pudieron encontrar seis orbes de colores diferentes flotando en un círculo, brillando con diferentes niveles de intensidad.

—La que más brilla es tu divinidad suprema —explicó Gabbrielle—. Ahora bien, ¿cuál es?

"Sangre... guerra... y alegría..." murmuró Seras.

"Oscuridad... ocultamiento... y transformación", añadió Audrina.

Gabbrielle asintió y se preparó para continuar su lección; el absurdo de lo que acababa de escuchar aún no la alcanzaba.

"Maravilloso, ahora vamos a... esperad... ¿¡qué diablos acabais de decir!?"

